

PROHIBIDO HABLAR DE VULNERABILIDAD

Por Silvia G. Gonzalez para Nexo - Ilustraciones: Gerónimo Hijós



Hemos recorrido un largo camino, muchachos, digo, emulando una vieja publicidad. Un largo camino, sí, desde que el colega Hewitt cuestionara las bases del análisis “fiscalista” –como él mismo lo llamó– y desde que Blaikie y sus colegas plantaran bandera con un texto fundacional, At risk, en su lengua materna y Vulnerabilidad, el entorno social, económico y político de los desastres, para los que habitamos estas pampas. Ha transcurrido el camino desde que Latinoamérica recogiera el guante y sentara su punto de vista en el también fundacional Desastres y Sociedad en América Latina, con su lúcido análisis sobre Niños terribles y otras catástrofes que de natural... nada.

Una supone que el camino enseña. Pero escuchar y leer aún hoy, pisando la tercera década del siglo XXI, de la naturaleza desatada, la furia del volcán, la inundación sin precedentes, la lluvia extraordinaria o la crecida impiadosa, demuestran que hemos aprendido nada. O que, ensimismados en nuestras discusiones y reflexiones cuasi filosóficas, encerrados en nuestros congresos y talleres y eventos y reuniones, no hayamos hecho más que dar vueltas en redondo, sin ser capaces de traspasar límites. Pues aún hoy, cuando sabemos de sobra que para entender y para hacer hay que mirar en otro lado, se sigue iluminando con los mejores reflectores lo natural del desastre, aquello que persiste contra nuestros esfuerzos de acomodarlos lejos –mitad de sala al fondo.

Satisfechos, pensamos que habíamos entendido todo. La clave, decíamos –¿decimos?– está en la vulnerabilidad. Si realmente queremos hacer algo con esto que nos vuelve una y otra vez, cual lección jamás aprendida, tenemos que bucear allá lejos, en la causas profundas que por una u otra vía se traducen en condiciones inseguras, tal como nos explicaron, en un modelo tan simple como complejo, los también colegas ingleses de At risk. La vulnerabilidad, entonces, se transformó en un concepto potente y, por qué no, revolucionario: se trata, nada más ni nada menos, de cuestionar las bases mismas de lo que nos hicieron conocer como desarrollo. Yendo un poquito más lejos –pero no tanto–, se trata de poner en el banquillo de los acusados al “sistema”, en lo que tiene de catastrófico, de revulsivo, de creador de marginados.

Desde el margen, levantamos la insignia de lo vulnerable. Nos apropiamos, discutimos, discurrimos y analizamos. Hicimos estudios, publicamos y dimos palabra: por aquí, señores, aquí está la clave para reducir ese mal de estos tiempos, el poco claro riesgo. Resistimos la insistencia de unas décadas creadas para reflexionar sobre los males que madre natura nos manda, creyendo que poco a poco se lograría. Entender que ir por la vulnerabilidad es ir por lo que nos hace marginados es, en definitiva, saber que reducirla es tarea del día a día. No es excepcional, ni está desatada: es asegurar que el marginal deje de serlo.

Sabíamos que llevaría tiempo, pero en ese tiempo, algo pasó. Casi sin notarlo, casi de repente, empezamos a hablar otro idioma. Aparecieron palabras que parecían importadas, traídas desde otras playas, casi queriendo forzar el regreso a la naturaleza. Quizás sea porque los creadores del discurso suponen que es natural que el pobre, el marginal, el olvidado del sistema, se inunde o se le caiga el techo o se contagie enfermedades con mayor facilidad. Quizás sea porque esos mismos creadores suponen que se ata con alambre: si le damos un poco no más, se adapta a lo que le toca y vamos, seguimos como hasta entonces.

Entonces dejamos hablar de vulnerabilidad. Aparecieron en escena palabras como resiliencia y adaptación. Ser resiliente es volver al equilibrio anterior o –según he leído– lograr uno nuevo. Pero ese nuevo, ¿es mejor? Dudo seriamente si es mejor, porque atrás viene la necesidad de adaptarnos. Si es mejor, ¿por qué deberíamos adaptarnos? Si es mejor, en todo caso, habríamos logrado un avance en el famoso camino del desarrollo. ¿Hay que adaptarse a eso? Permítanme disentir con aquellos que quieren forzar la acepción positiva de la adaptación, porque no logro despegarla de la imagen de un señor que, alzando levemente los hombros y abriendo sus manos, nos dice “es lo que hay”.



La pulseada, claro, la ganó el par resiliencia-adaptación. Y perdimos la potencia analítica de la vulnerabilidad, su raíz provocadora. Perdura como parte de la ecuación del riesgo, sí, pero como una imagen desdibujada de sí misma, más preocupada en cómo interactuar con las otras dos, en cómo permanecer sin perder el tren. Es como si el humillado paradigma fiscalista se tomara revancha, colando conceptos en una matriz construida con esmero, paciencia y no sin disputas, por las ciencias sociales. Es como si lo avanzado en treinta años, se deshiciera en diez.

Y el retroceso se nota. De nuevo ponemos todo el empeño en entender procesos que ya conocemos y de los que no queremos reconocer su incertidumbre inherente. De nuevo ponemos el empeño exclusivamente en monitorear, medir, predecir. ¿Necesario? Sí. ¿Necesario y suficiente? No. Pero parece ser que estuviera prohibido hablar de vulnerabilidad a no ser, claro, de contar personas o saber cuántas hay por metro cuadrado, como si la sola presencia definiera tal condición. Con eso y con que seamos resilientes, parece bastar.

Discúlpeme, pero me niego. Yo no soy resiliente. Yo soy vulnerable. Soy vulnerable porque soy mujer en territorio machista. Soy vulnerable porque estoy enferma. Soy

Publicaciones seleccionadas



PROHIBIDO HABLAR DE VULNERABILIDAD
July 8, 2015

Publicaciones recientes



PROHIBIDO HABLAR DE VULNERABILIDAD
July 8, 2015



EL SUPREMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD
June 25, 2015



ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO
April 17, 2015

Seguinos

